

OBALDÍA EN BANDA ORIENTAL

Alcides Abella

La entrañable bonhomía de José María Obaldía ha sido una presencia constante en Banda Oriental a lo largo de casi cuarenta y cinco años. Pero este amigo y magnífico contador de cuentos que es *el Tronco*, también ha desarrollado en nuestra editorial una extensa y creativa tarea intelectual. Lo que sigue son solo algunos apuntes sobre esa trayectoria.

Uno

Hacia fines de la década de 1960 Banda Oriental tenía unos veinte o treinta títulos editados y con esos pocos libros —y un casi irracional entusiasmo— nos instalamos en un precario local en Yi casi 18 de Julio, donde acomodamos dos escritorios y tres o cuatro sillas un poco destartadas... Apilamos los libros y prontamente ese pequeño local se convirtió en un generoso espacio al cual se arrimaban historiadores, poetas y novelistas muy importantes en la vida política, social y cultural de aquellos años de huelgas, conflictos callejeros y manifestaciones, algunas muy violentas, por cierto.

Desde ese cuchitril de la calle Yi fuimos partícipes de inolvidables discusiones y debates que no tenían otro fin que el de intentar comprender la conmoción que vivía nuestro país. Todo ello enmarcado, como recordaba hace poco un periodista amigo, por un insoportable olor a frito que provenía de los restaurantes vecinos.

Precisamente en esos años José María Obaldía y Luis Neira se acercaron a Banda Oriental. Dada su condición de maestros, nos propusieron diversos títulos de literatura para niños, un área muy poco explorada por entonces. La editorial ya tenía algún antecedente en ese terreno, importante por cierto: desde 1965 cada año publicábamos *Perico*, de Juan José Morosoli, en ediciones de quin-ce mil ejemplares. Los maestros habían adoptado ese título y nos gratificaba que fuera solicitado desde los más remotos lugares del país. A partir de esa experiencia, Banda Oriental editó otro libro de Morosoli: *Tres niños, dos hombres y un perro* con ilustraciones de Horacio Añón.

Pero la llegada de la dupla Obaldía–Neira nos aportó nuevos narradores y múltiples propuestas que rápidamente se tradujeron en

libros ilustrados a todo color. Un somero repaso evoca en nuestra memoria un conjunto de títulos: *Buscabichos y Gurises y pájaros*, de Julio C. da Rosa; *Actividades en Buscabichos* de Amanda Rocco; *Recuerdos de la región de Aguas Dulces* de Aldo Faedo; *Girasol de la mañana* de Julio Fernández; *El canguro bizco* de Elena Pesce; *El gaucho* de Roberto Ares Pons; *Los libertadores de 1825* de Aníbal Barrios Pintos; *Hombres y oficios* de Juan Capagorry y *Aventuras de Pepe* de Luis Neira.

En esos años –en 1973 para ser más precisos– Banda Oriental publicó *Veinte mentiras de verdad*, una regocijante recopilación de “mentiras” realizada por Obaldía en su Treinta y Tres natal. El libro, ilustrado por Horacio Añón, se divulgó rápidamente en las escuelas y, a partir del final de la dictadura, Banda Oriental lo reeditó varias veces. No deja de ser gratificante que, casi 50 años después, el programa Ceibal lo incluya en su catálogo de títulos para Primaria con esta presentación: “estas «mentiras» son relatos asombrosos compartidos y transmitidos de generación en generación hasta «volverse verdad». El humor es un común denominador de estas historias [...] para disfrutar de viejas mentiras increíbles”.

A la distancia impresiona cómo –a puro esfuerzo, sin ningún tipo de apoyo económico– pudimos encarar en apenas tres años tantas y variadas ediciones. Es que más allá de la conmoción que vivía el país, creíamos ciegamente en el futuro y cada uno, en su disciplina, aportaba su granito de arena. El propio gremio de los maestros oficiaba de vaso comunicante de estos proyectos y los libros circulaban por todo Uruguay.

Pero todo ese empuje, ese entusiasmo, fue violentamente cuestionado por la dictadura que irrumpió en junio de 1973: muchísimos docentes fueron destituidos y perseguidos, los libros fueron prohibidos e incluso, a partir de una norma de las autoridades de Primaria, *Perico* y la propia Banda Oriental fueron marginados de la enseñanza oficial. Fue un período de oscurantismo y persecución que duró 14 años y frustró todo posible entusiasmo.

De todos modos José María Obaldía y también Luis Neira siguieron siempre muy cercanos a la editorial. Un hecho relevante es que, a pesar del clima que se vivía en aquellos años, encaramos la edición de la *Antología de la literatura infantil uruguaya* (1978), en la cual reunimos los autores más significativos desde los orígenes del género en el país hasta los años 60.

Dos

Con Obaldía compartimos infinitas charlas de boliche, asados y “poroto negro”, ocasiones en las que *el Tronco* mostraba sus excelentes dotes para preparar sabrosas comidas. Algunas grasas y vino redondeaban un ámbito de feliz camaradería; ese microclima, de alguna manera, nos protegía de la dura realidad del Uruguay de la época. En esas reuniones disfrutábamos de la notable capacidad de Obaldía para recrear historias, vidas y aconteceres de un Treinta y Tres lejano en el tiempo. Con una prosa morosa y cálida recorría, con entrañable humor, peripecias disparatadas en las cuales la imaginación desbordaba la realidad y todo se tornaba risa y disfrute.

En realidad, Raviolo ya conocía a Obaldía desde su época de estudiante en el mítico IAVA. Solía recordar su aire apaisanado, su risueña camaradería y “su lenguaje, que era una rara mezcla de candor y picardía”.

Nos conocimos, si la memoria no me es infiel, allá por el año 1950, en los patios del IAVA, actuando en la misma agrupación gremial. Por aquella época el IAVA concentraba la totalidad del alumnado de los preparatorios diurnos —lo que hoy corresponde a 5º y 6º de secundaria—, de todas las disciplinas y orientaciones, y era una verdadera olla hirviente y sustanciosa, de donde seguramente salió gran parte de lo bueno, lo malo y lo regular que tuvo este país en el medio siglo siguiente. Allí se disfrutaba de un plantel de profesores de primerísima categoría y la experiencia pedagógica desbordaba hacia afuera de los salones de aquel edificio que ya nos parecía viejo, aunque había sido inaugurado solo cuarenta años antes, pero que funcionaba, no obstante sus fríos y sus humedades, con la calidez de un gran hogar colectivo.

Allí nos conocimos con *el Tronco*, como ya lo llamábamos, sin ser compañeros de clase, en las asambleas, en las reuniones discutidoras de los patios, o en las ruedas del Gran Sportman.

Pero después de esa época de estudiantes, cada uno en su rumbo, prácticamente no se vieron. Hasta que, promediando 1973, se encuentran de manera casual en 18 y Cuareim. Por ese entonces, Obaldía ya había publicado, con los compañeros de “La Unión del

Magisterio”, *Veinte mentiras de verdad* y, en un reciente reportaje de Deborah Quiring (*La diaria*) recuerda que Heber le comentó lo mucho que le había gustado ese texto y el interés en hacer una nueva edición. De ese feliz encuentro surge, entonces, la primera edición en Banda Oriental.

Durante todo el período 1973–85, como se dijo antes, se hizo muy difícil continuar con la línea editorial vinculada a la enseñanza. Pero eso no impidió que, tanto Obaldía como Neira, siguieran relacionados con nosotros y fruto de ello es la ya referida *Antología de la literatura infantil uruguaya* (1978).

Tres

En 1997 Banda Oriental edita *Como pata de olla*, donde ¡al fin! Obaldía se animó a algunas de esas historias sobre las que había estado proseando durante años.

Dice Obaldía que en Treinta y Tres abundan los contadores de cuentos que, en ruedas de boliche o cocina de estancia, van recreando, casi mágicamente, historias de albañiles o matreros, guitarreros, caminantes o sieteoficios; historias menudas, mínimas, que, sin embargo, hablan del hombre y su misterio. Una suerte de encantamiento envuelve estas historias de pago chico, historias donde reviven personajes y anécdotas que son parte del sutil entramado de los pequeños pueblos de campaña; el narrador oral es, entonces, algo así como un cronista, una forma fundacional de la propia identidad del pago. Y esto es lo que da la real dimensión de este fenómeno: todo pueblo que se precie de tal, tiene, de una forma u otra, sus propios contadores de cuentos. Pero curiosamente muy pocas veces se emprende la tarea de recoger, de recopilar esa formidable veta de la literatura oral; el propio Obaldía lo ha hecho en su *Habla del pago*, cuidadoso repaso de las voces más características de su Treinta y Tres natal, y también en sus *Veinte mentiras de verdad*. Ahora continúa con los cuentos que el lector tiene entre manos.

Posteriormente editamos en esa misma línea *El matrero y otros cuentos en prosa* (2001) y *Telmo Batalla y otras prosas viejas* (2004).

Y así, en ese prosear tranquilo que se va reflejando naturalmente en su lenguaje escrito, Obaldía nos va sacando de la galera, como un mago convocador, sin nostalgias y sin añoranzas –pues si en algún momento puede acercarse a un discreto tono elegíaco este es siempre risueño, como negándose a sí mismo– las primicias de un mundo perdido que parece estar vivo y coleando delante de nosotros y entre nosotros, moviéndose con una cercanía y una familiaridad que son el fruto de la consubstanciación –que no se ha perdido a través de las décadas– del autor con sus criaturas. Obaldía no finge escribir un cuento sino que prosea, discute con sus personajes, los aprueba, les desconfía, se planta frente a ellos, en un principio, con un cierto empaque de investigador y analista, y al rato nos damos cuenta de que allí ya no hay más personaje que el mismo Obaldía, que resulta ser todos y cada uno de sus paisanos como por un milagroso fenómeno de ósmosis.

La lectura de estos relatos se vuelve así una gozosa experiencia en la que el lector se va sintiendo poco a poco rodeado y envuelto en un mundo reverberante de vida y acontecimientos, limitado pero autosuficiente, que tiene en sí todo lo necesario y nada de lo accesorio como para merecer seguir viviendo, así sea en las páginas de un libro.

Cuatro

Ya hemos hablado de Obaldía y su original capacidad como narrador oral. Quienes lo conocen personalmente o le han oído en radio, saben de su *prosa* morosa, cálida, que va armando esa fina urdimbre, donde aparecen envueltos en un aura de inocencia, anécdotas y personajes de los más remotos pagos de nuestra tierra. Obaldía sabe captar, con sutileza, gestos, actitudes, que “pintan”, definen a esos humildes seres perdidos por nuestros campos. Seres que suponíamos conocer y, como dice Raviolo, “ese era nuestro error, pues el extraordinario don de observación, de imaginación que nos iba dando aristas y rasgos de carácter de aquellos vecinos, los transformaban ante nosotros, sin traicionar lo que eran, y nos revelaban conductas y caracteres que ni se nos habían pasado por la cabeza”.

Quizá su interés, su pasión por los mundos ignorados que pueblan nuestra campaña, es el rumbo que nos lleva al “Obaldía-lexicógrafo”.

A partir de sus estudios sobre los particulares usos del idioma en Treinta y Tres, Banda Oriental publicó en 1988 *El habla del pago*, un panorama claro de cómo hablamos los orientales, desde las antiguas voces y los regionalismos que son parte del lenguaje vivo de una amplia zona de nuestro territorio.

El libro, reeditado en cuatro ocasiones, fue sin duda un aporte, un granito de arena, en el largo proceso de trabajo que culmina en el *Diccionario del español del Uruguay* (2011). Obaldía participó activamente en la investigación y preparación de esta obra excepcional realizada en el marco de la Academia Nacional de Letras de Uruguay. En el prólogo el propio Obaldía expresa su alegría por el trabajo de tantos investigadores que recogen el habla nuestra: “de ciudades [...] pueblos, poblados, caseríos y no falta, conmueve el decirlo, la que nos llega desde un pago remoto, tanto que no ha ganado aún topónimo, pero donde vive alguien que dice el habla nuestra, y ella ha recogido ecos, próximos o lejanos, que han conquistado un área de uso y comprensión, logrando así genuino sello de lenguaje uruguayo”.

Cinco

Obaldía ha contado cómo nació esta singular aptitud para la narración oral. En sus épocas de maestro era común que se reunieran varias clases a escuchar sus recuerdos de niñez. Prontamente, quizá porque se agotó su repertorio de recuerdos, empezó a rememorar aquellas míticas “mentiras” que poblaban el imaginario rural.

De eso al libro *Veinte mentiras de verdad*, solo un paso y después vendrían los ya reseñados *Como pata de olla*, *El matrero*, *Télmo Batalla*. Como un círculo perfecto (lo que habla de la identidad humana e intelectual de nuestro autor) volvemos a las *Veinte mentiras...* y cómo ellas fueron el vínculo natural que lo llevó al estudio —ahora ya con rasgo académico— de las voces y palabras de su infancia. Él mismo lo cuenta en la introducción a *El habla del pago*:

A raíz de voces y frases que incluyéramos en *Veinte mentiras de verdad*, donde es protagonista «el habla del pago», recibimos una honrosa invitación a colaborar en la Comisión de Paremiología de la Academia Nacional de Letras. A través del trabajo que allí se cumple, se nos

HOMENAJE A JOSÉ MARÍA OBALDÍA

fueron delineando, hasta cobrar clara evidencia, ciertos hechos, algunas o muchas veces, entrevistados, pero cuyos significados o valores no habíamos reconocido cabalmente hasta entonces.

Los mismos mundos, similares acontecimientos, semejantes vivencias, que son parte sustancial de José María Obaldía. Celebramos su coherencia intelectual y también personal, que mucho ha significado en estos cuarenta y pico de años compartiendo libros, charlas y cálidos recuerdos. En definitiva, por su cercanía personal y afectiva, *el Tronco* ocupa un lugar muy significativo en la historia de Ediciones de la Banda Oriental.